



La Fiesta de Corpus reúne a todos.

El mendigo, el obispo y el gobernador:

La fiesta del Corpus en la Iglesia Católica reúne a todos.

En el atrio de la Iglesia Catedral, sobre las escalinatas, y más aún en la Procesión posterior.

El Obispo con sus ornamentos solemnes, el gobernador y/o el vice con el intendente y otras autoridades con impecables trajes y corbatas, y uniformes; los ministros de la Iglesia engalanados con sus vestiduras blancas, casullas hermosas para los concelebrantes principales, estolas bonitas para los sacerdotes, cruzadas y bellas para los diáconos, albas níveas para seminaristas y otros ayudantes o ministros (monaguillos y no sabemos si algún acólito o lector instituido).

Hasta un fotógrafo sobre lo que sería el presbiterio en torno al altar parecía un ministro más con sus coloretos rojos (tal vez la bufanda), y había que hacer esfuerzos al verlo con su camarita trasladándose de un lugar a otro y distrayendo las miradas de aquellos que querían concentrarse en la celebración.

Las banderas nacionales y vaticanas portadas por los representantes de las escuelas católicas ponía un colorido marco al evento, junto a los diversos uniformes de las instituciones educativas.

El palio para la procesión con el Santísimo Sacramento, seguida con devoción por muchos, con curiosidad por otros que se asomaban a las ventanas y vidrieras de bares, cafés, y hasta de la Iglesia Universal del Reino de Dios.

Todo un acontecimiento.

Incienso en cada esquina para Jesús Eucaristía trasladado en una venerable custodia alrededor de la Plaza. Parlantes con audio acompañando la celebración alrededor de la misma.

Algunos van por Jesús, otros para ser vistos y tenidos en cuenta, ya sea por el obispo, ya sea por las autoridades civiles u otras.

Unos buscan sus puestos de ventas y pasean sus mercancías: al principio de viva voz, como en un estadio.

Luego, emulando a alguno más prudente, mostrando sus productos en silencio con la mercancía en lo alto de su mano.

Las mamás del ruego de limosna acarreado a los bebés-niños que portan buscando posición estratégica para el pedido.

Justo este año la colecta anual de Cáritas para los más necesitados coincidía con la fiesta de Corpus.

Las señoras de la colecta, con su correspondiente identificación para evitar la avivada criolla de alguno que pasara por su cuenta, recorrían todos los rincones, con importantes bultos en sus canastas de tela, habiendo sido sensibilizado el pueblo creyente por los anuncios televisivos y la prédica perseverante de su Obispo pastor, desde varios días antes, manifestando la solidaridad en un día y acontecimiento especiales, transformado también, como debiera ser toda Eucaristía, en ayuda fraterna contundente.

No faltaba el mendigo ciego. Con su silla y su cabeza blanca. El mismo al que ayudamos a vivir en los semáforos y calles de nuestra ciudad. Parecía intuir algo más

que su capacidad de pedir. Escuchaba. Su rostro se dirigía constantemente hacia el lugar donde el Obispo dirigía la oración.

Si hasta parecía Bartimeo, el hijo de Timeo, el mendigo ciego del Evangelio, que sentado junto a la comunidad cristiana (el “camino” del evangelista Lucas), al escuchar que pasaba Jesús se quedó para relacionarse con Él (Lc. 18, 35-43; Mc. 10, 46-50), incluso hasta dejando el manto, lo único valioso para él que llevaba. Y lo hizo hasta el final.

Y también los oportunistas de siempre que querían aprovechar el alboroto, incluso en los saludos y apurones finales, para atrapar algún incauto: la receta trucha para el medicamento que no existe, el viaje para el colectivo que nunca llegará.

Jesús en el Corpus reúne no solamente a su fieles de todos los domingos. En torno al Obispo se hace presente su presbiterio y los fieles todos, laicos y religiosos, manifestando la unidad del Pueblo de Dios.

Y la unidad de este Pueblo reúne al mendigo, al obispo y al gobernador (o al vice), y con ellos a la gran gama de componentes del mismo, santos y pecadores, curas, diáconos, monjas, seminaristas, ministros, ayudantes, autoridades civiles y militares, profesionales, amas de casa, operarios, empleados públicos y privados, empresarios, gerentes, desocupados, vendedores, mendigos, oportunistas, ciegos, discapacitados en sillas de ruedas, ancianos, jubilados, jóvenes, bebés y niños.

¿No es esta Iglesia universal (católica) en su variedad, además de por su extensión en todos los lugares?

Es la Iglesia de Jesús, la familia de Jesús en torno a la mesa del altar, donde se parte el pan de la Palabra y el de la Eucaristía (Cat. 103.830-831)

Él preparó esta mesa de la misma forma y manera en su caminar por la Palestina: Todos se sentarían en ella (Lucas 19, 1-10).

Gustavo Daniel D'Apice
Teólogo y Filósofo